



La urgencia de la democratización tecnológica en tiempos de pandemia

Por Arnau Monterde (Ajuntament de Barcelona, decidim.org)

La irrupción de la crisis del Covid-19 y sus impactos en el conjunto de la sociedad ha puesto de manifiesto una serie de cuestiones que tienen que ver con nuestra vulnerabilidad como sociedad, al mismo tiempo que desbordaba la necesidad de blindar algunos pilares público-comunitarios que deben sostener la vida colectiva cuando todo se desmorona. En concreto, y en lo que ahora nos atañe, la crisis ha puesto de manifiesto lo poco que cuenta nuestra voz en un contexto de crisis, en el que de repente se recentraliza por defecto toda la cadena de mando político mientras se reduce al mínimo cualquier forma de participación en la toma de decisiones que se salga del guión "experto" de políticos, médicos y epidemiólogos, cuando el conocimiento de otras disciplinas u otras voces no expertas quedan reducidas a cero. Además el confinamiento, una de las expresiones materiales más agresivas de esta crisis, nos ha mostrado la centralidad de lo digital en este contexto de encierro en el que las dependencias tecnológicas hacia los grandes proveedores de conexión (las operadoras ya conocidas) y de los gigantes de Internet o también conocidas como las GAFAM (Google, Amazon, Facebook, Apple y Microsoft), se han visto incrementadas más que nunca. Por lo que es importante empezar a reconocer, cuando se habla de lo digital, que somos dependientes como sociedad de grandes actores privados que hoy deciden sobre nosotras, y que asistimos a una total incapacidad de intervención, especialmente del sector público que ni si-

quiera sale a calentar para entrar en juego a muchos meses ya del inicio de la pandemia.

Y aquí es donde se sitúa la urgencia. No sólo la urgencia de encontrar una salida común y a favor del conjunto de la población a la crisis del coronavirus, sino también y no menos importante, de empezar a dibujar otros horizontes desde los que pensar, entender y construir nuevas relaciones con lo digital, con ese digital privatizado, centralizado, y absolutamente fuera de control democrático y ciudadano. No es casualidad que en este escenario o fase avanzada y bastante sofisticada del capitalismo de la vigilancia, como nos cuenta Shoshana Zuboff, la concentración del poder económico de estas empresas sea cada vez mayor, y mayor sea su capacidad de colonizar el mundo a partir de sus productos. Lo hacen a través de una extracción permanente de datos que generamos las personas o los usuarios, siendo estos un activo o "la gasolina" de una nueva economía basada en la capacidad de procesado de estos datos y su utilización para controlar, vigilar (en el sentido directo e indirecto) e incluso inducir nuestro comportamiento social, individual y colectivo. Esta centralización y total privatización se produce en todas las capas de Internet, en las infraestructuras (cables, satélites, antenas y servidores), en el código o sea el software (donde las grandes redes sociales están muy lejos aún del código abierto), y en los silos de datos masivos generados cada segundo y procesados a través de algoritmos y de la

puesta en escena a bombo y platillo de una inteligencia artificial, muy lejos aún de ser auditables, abiertos, y sobretodo prevenidos a los sesgos de desigualdad que imperan en nuestra sociedad.

Las consecuencias presentes de este escenario no son menores. Renata Avila nos habla del colonialismo de datos y las nuevas formas de colonizar nuestra sociedad y nuestro conocimiento, en un proceso descontrolado y con una limitada resistencia colectiva al saqueo de toda nuestra privacidad y de la información que generamos en los procesos de comunicación en cualquier medio imprescindibles para nuestro día a día. Esto nos lleva a lo que Eurídice Cabañas llama los procesos y modelos de gobernanza algorítmica en los que las formas de gobierno vienen, no sólo mediadas sino reconstruidas por una determinada mirada sobre la organización del mundo. En concreto Paz Peña apunta como Silicon Valley construye el mundo a su imagen y semejanza. Silicon Valley gobierna el mundo a partir del diseño a través de sus productos digitales de un campo de relación, socialización y uso intensivo de lo digital diseñado por hombres, blancos, de clase media-alta, con una concepción del mundo uniforme. Sólo por el hecho de que esta sea impuesta y totalizada by default (por defecto), se convierte en invisible como modelo para pensar nuestras sociedades que aspiran a ser abiertas, libres y diversas y que tanta falta hacen en pleno siglo XXI. Y lo más sutil de todo es esa finura, esa no-conciencia de los riesgos asociados, esa no-percepción de que estamos permanentemente performados, construidos, inducidos, por decisiones de otros que nos mantienen en permanente estado de alerta, conectados, dispuestos y disponibles, adictos a este modelo de conexión que busca maximizar nuestra atención para retenernos, bombardearnos o testearnos con el último algoritmos de recomendaciones personalizado de lo que sea y que tanto acierta. Como apunta Geert Lovink todo esto pasa por unos procesos de diseño, que ya de por si son políticos y que ponen el foco en esa

captura constante de la atención o la adicción, y que lo hacen a través de sistemas experienciales de interacción y otros miles de mecanismos que nos mantienen conectados y que conforman una ideología propia de las Redes Sociales.

Desde otra perspectiva Ingrid Guardiola sitúa la servidumbre voluntaria en el que se reconoce ese momento colectivo de aceptación, incluso consciente (y por eso voluntaria) sobre nuestro rol como proveedores serviles de datos que alimentan máquinas que alimentan algoritmos que alimentan de nuevo nuestra vida. En resumen podríamos hablar de un estado de manipulación consciente permanente y aceptado. La privatización de la vida pública, afectiva, social y política es una realidad en la medida que todas las formas de interacción pasan por medios privados. Y no todo el protagonismo se lo llevan las redes sociales. Este modelo de colonización va hacia cualquier lugar digital que aún no esté conquistado. Un caso paradójico es el de la llegada de Google en las escuelas, en el que bajo la excusa de la "usabilidad" y la facilidad de acceso, esta empresa se ha convertido prácticamente en norma y en modelo de educación digital, y más después del confinamiento. Google coloniza sin rasguños ni resistencias este espacio tan preciado como es el de la educación de niñas y niños aún libres (en parte) de Matrix. Google, aunque diga lo contrario, captura, almacena y procesa datos de alumnos a partir de los 4-5 años en el momento que empieza esta relación forzosa cuando los centros educativos, y de forma voluntaria, les dan de alta con su primer correo electrónico, al universo de Brin y Page (sus fundadores).

Entrar en la capa de los usos es un escenario más complejo y cargado de contradicciones, en los que vemos explosiones creativas, conflictos, revueltas, emancipación, reappropriación pero también miedo, violencia, agresión, control y un largo etcétera. Un caso espeluznante, cómo nos cuenta Javier Sanchez Monedero está en el uso

de las tecnologías de vigilancia para las crisis de los refugiados en los que algoritmos, datos y tecnologías de la vigilancia se coordinan para un absoluto control de la identidad (también digital) de las personas que cruzan fronteras escapando de conflictos bélicos, de pobreza hacia la fortaleza Europea, quedando marcados por vida y limitados a prácticamente ninguna posibilidad de seguir adelante. No es menor los usos intensivos de las redes sociales por parte de las formaciones de la ultraderecha, que han encontrado en estas, en consonancia a como están diseñadas y a su falta de control democrático, un lugar perfecto en el que bombardear con contenidos falsos, difundir mentiras, confrontar, construir relatos frentistas, de machismo, violencia, odio alimentando guerras comunicativas en red desde donde disputar el debate público.

Es por todo esto que urge, debido a su irreversibilidad, la necesidad de entender, afrontar y caminar hacia escenarios disidentes a este nuevo orden digital, escenarios reformistas que regulen y frenen la expansión descontrolada de estos gigantes, escenarios simbióticos en los que explotar y deconstruir muchas de las potencias cargadas de contradicciones de las redes sociales corporativas como nuevos espacios públicos colonizados, y escenarios disruptivos que promuevan y refuerzen el desarrollo procesos y tecnologías autónomas, democráticas, abiertas y libres al servicio del conjunto de la sociedad. Obviamente para que esto pase hace falta un cambio mental como nos contaba Gerrit Lovink, de todos esos nativos de las redes sociales corporativas, y de una sociedad que simplemente camina de manera acrítica. Este cambio debe venir de la mano de lo concreto, de caminar y explorar estos nuevos territorios digitales que construir y recuperar al mismo tiempo, que nos permitan poner el cuerpo frente a Silicon Valley como nos cuenta Paz Peña. Ha llegado el momento de abrir nuevos espacios digitales no mercantilizados, no ludopatizados, para la deliberación y

construcción abierta y colectiva de conocimiento, espacios para la autonomía de lo digital y de la autoorganización colectiva, espacios para la cooperación y la generación de lazos fuertes y sólidos, espacios diversos, libres de violencia que desplacen la polarización, como nos cuenta Red Levadura, hacia nuevos encuentros, consensos y disensos productivos (que produzcan otras salidas al conflicto que no sea el odio al otro, a lo diferente, a lo invisible, a lo subalterno).

Existen horizontes cercanos en los que ya emergen algunas formas de pensar, desarrollar y extender tecnologías libres y democráticas como es el caso de Decidim, así como otros muchos. Está pasando en todas las capas ya sean las infraestructuras abiertas y comunitarias, el hardware y el software libre, la data justice y el design justice o la Inteligencia artificial crítica. Numerosos proyectos robustos que avanzan y caminan hacia otros modos de entender la sociedad digital, en los que prima la colaboración, el conocimiento abierto, la gobernanza democrática y muchos sentidos comunes frente a lógicas únicamente extractivistas y de mercado. Ha llegado el momento de empezar a construir una **alianza global para los derechos digitales, las tecnologías democráticas** que constituida por múltiples redes capaces de empezar a dar respuestas colectivas y autorizadas a esta colonización permanente y gobierno de nuestras formas de interacción. Al mismo tiempo debemos lanzar un **plan para una transición tecnológica** que permita producir, escalar, sostener, cuidar, construir tecnologías abiertas, libres y del común, que empodere comunidades, que genere autonomía y emancipación, que construya otras economías, y que apunte a un ecosistema diverso y robusto que pueda sostener esta transición frente al capitalismo de vigilancia y de plataforma(s).

Barcelona, 18 de noviembre de 2020

Arnau Monterde

(Ajuntament de Barcelona, decidim.org)